

Hoy en día, somos todos demócratas

WENDY BROWN

WELCOME BACK, DEMOCRACY!

Título de un artículo sobre la elección de Obama en *The Beaver*, periódico de la London School of Economics, 6 noviembre 2008.

Se deduce de lo anterior que la voluntad general es siempre recta y tiende siempre a la utilidad pública, pero no se deduce que las deliberaciones del pueblo tengan siempre la misma rectitud.
Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*.

La democracia como significante vacío

Hoy en día la democracia disfruta de una popularidad mundial sin precedentes en la historia, pero nunca ha sido más conceptualmente imprecisa y sustancialmente hueca. Tal vez su popularidad depende de su imprecisión y vacuidad de significado y eficacia –como Barack Obama, es un significante vacío al que todos y cada uno pueden vincular sus sueños y esperanzas–. O tal vez el capitalismo, el mellizo de la democracia moderna y siempre el más robusto y astuto de los dos, ha reducido la democracia a una *marca*, esa última versión del fetichismo de la mercadería que separa por completo la imagen del producto a vender de su contenido real.¹ O tal vez, por un desvío irónico del progresismo, los Ilustrados que ven en el siglo XXI la puesta en escena de dioses involucrados en una lucha violenta que la modernidad parecía haber eliminado, la

¹ Como recuerda Patrick Ruffini, las grandes marcas «evocan sentimientos que no tienen virtualmente nada que ver con las características específicas de un producto». Ello se aplica tanto a Nike y BMW como a Obama durante la reciente campaña electoral presidencial. <http://www.patrickruffini.com>. Consulta: 13 de febrero de 2008.

democracia ha florecido como una nueva religión mundial —no una forma específica de poder y cultura política, sino un altar ante el que se arrodillan Occidente y sus admiradores, un plan divino que lleva a la concepción y legitimación de las cruzadas imperiales—.

En el mundo de hoy, la democracia no sólo se exalta en todo el mundo, sino también a lo largo de todo el espectro político. Como en los regímenes después de la Guerra Fría, en donde los otrora súbditos soviéticos festejan su suerte empresarial, la izquierda euroatlántica se fascina por la marca. Celebramos la democracia para reparar el abandono de la política de un Marx alejado de las temáticas hegelianas (o bien decimos que la democracia radical era desde el principio lo que se entiende por comunismo), tratamos de recuperar la democracia mediante metas y *ethoi* inéditos, escribimos «la democracia por venir», «la democracia de los no contados», «soberanía democratizadora», «talleres de democracia», «democracia pluralizante», etc. Berlusconi y Bush, Derrida y Balibar, comunistas italianos y Hamas, somos todos demócratas hoy en día. Pero ¿qué es lo que queda de la democracia?

El poder del *demos*

No se puede enfatizar de más: la democracia liberal, forma dominante de la modernidad euroatlántica, es una variante entre los medios de repartición del poder político cristalizado en ese término venerable del griego, la democracia. *Demos + cratie* significa poder del pueblo, en contraste con la aristocracia, la oligarquía, la tiranía, y también la condición de colonizados u ocupados. Pero ningún argumento irrefutable, ya sea histórico o etimológico, podría comprobar que la democracia implica inherentemente la existencia de representación, constituciones, deliberaciones, participación, libertad de mercado, derechos, universalidad e incluso la propia igualdad. El término contiene una afirmación simple y puramente política: el pueblo se gobierna a sí mismo, es el todo y no una parte ni un gran Otro que es políticamente soberano. En este sentido, la democracia es un principio inconcluso —no especifica *qué* poderes deben ser repartidos entre nosotros, ni *cómo* el poder del pueblo debe ser organizado, ni *a través de qué* instituciones debe ser establecido y asegurado—. Desde el principio, el pensamiento occidental de la democracia ha sido una suerte de regateo. Dicho de otra forma, ciertos teóricos —desde Aristóteles Rousseau, Tocqueville y Marx hasta Rawls y Wolin— sostienen (de manera diferente) que la democracia necesita condiciones precisas,

enriquecimientos, equilibrios sutiles, pero el término en sí no estipula nada. Es acaso otra razón por la que, en el clima actual de entusiasmo por la democracia, es tan fácil dejar de ver hasta qué punto su objeto ha sido vaciado de todo contenido.

De-democratización

Si es difícil determinar con seguridad por qué la democracia es tan popular hoy en día, se puede identificar los procesos que reducen la propia democracia liberal (parlamentaria, burguesa o constitucional) a la sombra de lo que era. En las regiones del mundo que desde hace tiempo han navegado bajo la bandera democrática, ¿cómo ha sucedido que el poder del pueblo ya no se ejerciese de ninguna forma? En la modernidad tardía, ¿qué constelación de fuerzas, qué procesos han podido vaciar su esencia hasta alcanzar esta forma limitada de la democracia?

En primer lugar, si bien hace mucho tiempo que el poder de grandes grupos erosiona las esperanzas y las prácticas del poder popular, este proceso ha alcanzado un nivel sin precedente.² No se trata simplemente de grupos que compran a los políticos y modelan abiertamente la política nacional y extranjera, ni de que los medios de comunicación que les pertenecen ridiculicen la idea misma de la información pública y de responsabilidad del poder. Más que una interferencia, las grandes democracias son testigos de una fusión del poder de los grupos y el poder del Estado: la transferencia masiva de las funciones del Estado hacia el sector privado, desde las escuelas a las prisiones, pasando por el ejército; banqueros de negocios y CEO que se convierten en ministros o directores de gabinetes; estados propietarios latentes con enorme capital financiero, y, por encima de todo, un poder estatal desvergonzadamente atraído por el proyecto de acumulación de capital a través de su política fiscal, ambiental, energética, social y monetaria, por no mencionar el flujo de asistencia directa y apoyo a todos los sectores del capital. El *demos* no es capaz de ver lo que hay detrás de la mayoría de estos desarrollos, y menos aún de cuestionarlos, de oponérseles y proponer otros objetivos. Al no contar

² El texto principal acerca de esta temática es el de Sheldon Wolin, *Democracy, Inc.*, Princeton, N.J., Princeton University Press, 2008.

con recursos para desafiar a las necesidades de capital, el *demos* presencia pasivamente el abandono de sus propios capitales.

En segundo lugar, hasta las elecciones «libres», el ícono más importante de la democracia, se ven relegadas a un circo compuesto de *marketing* y *management*, desde el espectáculo de la recolección de fondos hasta la movilización dirigida a los votantes. Los ciudadanos están sometidos a sofisticadas campañas de marketing que equivalen el voto con otras opciones de consumo, y todos los elementos de la vida política van acompañados cada vez más de eventos mediáticos y publicitarios. No son sólo los candidatos que son presentados en un embalaje ideado por expertos en relaciones públicas, que están más acostumbrados a promover las marcas y a organizar las campañas mediáticas de los grandes grupos que a manejar los principios democráticos; son también los programas políticos que se venden como bienes de consumo y no como bienes públicos. No es de sorprender que haya cada vez más CEO en el gobierno, lo cual ocurre en forma paralela con el crecimiento de los departamentos universitarios de ciencias políticas, que reclutan docentes en escuelas de comercio y economía.

En tercer lugar, el neoliberalismo como *racionalidad política* ha lanzado un asalto frontal contra los fundamentos de la democracia liberal, girando sus principios –constitucionalidad, igualdad ante la ley, libertades políticas y civiles, autonomía política, universalismo– hacia los criterios de mercado, los *ratios* coste-beneficio, la eficacia, la rentabilidad.³ Es por esta racionalidad neoliberal que los derechos, el acceso a la información, la transparencia y la responsabilidad del gobierno, el respeto por los procedimientos se desvían o se dejan de lado con facilidad. Sobre todo, es de esta manera que el Estado deja de ser la encarnación de la soberanía del pueblo para convertirse en un sistema para hacer negocios.⁴ La racionalidad neoliberal concibe cada ser humano, cada institución, incluyendo el Estado constitucional, en base al modelo empresarial. Reemplaza los principios democráticos por aquellos del manejo de negocios tanto en la vida política como en la social. Tras haber hecho trizas la

³ Para un estudio más profundo de los efectos de-democratizadores de la racionalidad neoliberal, véase mi libro *Les Habits neufs de la politique: Neoliberalisme et neoconservatisme*, París, Les Prairies ordinaires, 2007.

⁴ Véase los textos de Michel Foucault sobre la gubernamentalización en *Il faut défendre la société*, Cours au Collège de France, 1976, París, Hautes Études, Gallimard, Seuil, 1997.

esencia política de la democracia, el neoliberalismo se ha apropiado del término para servir sus objetivos con la consecuencia de que la «democracia de mercado», antigua expresión despectiva para aludir al poder del capital desregulado, se convierte en la manera cotidiana de describir una forma que ya no tiene nada que ver con el poder del pueblo.

Pero el capital y la racionalidad neoliberal no son los únicos agentes responsables de la descomposición de las instituciones, principios y prácticas de la democracia liberal. También se hace presente –éste es el cuarto punto– la extensión del poder y el dominio de la acción de los tribunales, nacionales e internacionales.⁵ Una variada gama de causas y luchas políticas, incluyendo aquellas que tienen sus raíces en movimientos sociales y campañas internacionales por los derechos del hombre, se ven llamadas con cada vez más frecuencia a comparecer ante los tribunales, en donde expertos en derecho hacen artimañas y tergiversan con respecto a decisiones políticas en un lenguaje tan complejo que sólo lo entienden los juristas especializados en la materia. Al mismo tiempo, los tribunales se han reducido; ya no fallan sobre lo que se debe prohibir, sino sobre lo que hay que hacer –en resumen, han pasado de una función limitativa a una función legislativa que usurpa la tarea clásica de la política democrática–.⁶ Si es verdad que el imperio de la ley es un pilar importante de la vida democrática, la gobernación de los tribunales es una subversión de la democracia. Invierte la subordinación esencial del poder judicial al poder legislativo, de la que depende la soberanía popular, y otorga el poder político a una institución no representativa.

El quinto punto, clave para la de-democratización de Occidente, es la erosión de la soberanía del Estado-nación por la globalización.⁷ Si aún está presente una suerte de ficción en la aspiración de estos estados a la supremacía absoluta, la perfección, la continuidad del derecho, el monopolio de la violencia, la perennidad, esta ficción era poderosa y ha forjado las relaciones internas y externas de las naciones desde su consagración en

⁵ Esta expansión se debe en parte a las acciones de militantes bien intencionados que buscan casos para «ganar» ante los tribunales, a pesar de que la democracia corra el riesgo de ser un daño colateral de su éxito.

⁶ Véase Gordon Silverstein, *Law's Allure: How Law Shapes, Constrains, Saves and Kills Politics*, New York, Cambridge University Press, 2009; y «Law as Politics/Politics as Law», trabajo en curso de Jack Jackson, departamento de ciencias políticas, University of California, Berkeley.

⁷ Véase mi ensayo «Porous Sovereignty, Walled Democracy», a aparecer en *La Revue internationale des livres et des idées*.

1648 por el Tratado de Westfalia. Pero, a lo largo del último medio siglo, el monopolio de estos diversos atributos del Estado-nación ha sido gravemente comprometido por el crecimiento de los flujos transnacionales de capitales, poblaciones, ideas, recursos, mercadería, violencia, y lealtades político-religiosas. Estos flujos destruyen las fronteras que atraviesan y, una vez adentro, se cristalizan para crear fuerzas: de esta manera, la soberanía del Estado-nación se ve comprometida tanto en sus límites como en su interior.

Cuando los estados, su soberanía ya erosionada, conservan una brutal capacidad de actuar, y cuando se alejan del doble sentido de la soberanía en la democracia –proveniente del pueblo y desde arriba– implica dos consecuencias importantes. Por un lado, la democracia pierde su forma política y su contenido. Por otro lado, los estados abandonan cualquier pretensión de encarnar la soberanía popular, de hacer escuchar la voluntad del pueblo –un proceso ya iniciado por la racionalidad neoliberal, como se ha visto–.

Sobre el primer punto, la democracia o gobierno del pueblo no tiene sentido, sólo se puede ejercer en un cuadro claramente delimitado –es lo que señala el término de soberanía en la ecuación entre «soberanía popular» y «democracia»–. La democracia sin territorio de jurisdicción definida (en el sentido virtual o literal) no tiene sentido político: para que el pueblo pueda gobernarse, debe existir una entidad colectiva identificable en la que la repartición del poder pueda organizarse y sobre la que este poder se pueda ejercer. Es cierto que las grandes dimensiones del Estado-nación limitan desde un principio las formas de repartir el poder que le dan sentido a la democracia, pero cuando el propio territorio jurídico se reemplaza por espacios posnacionales y transnacionales en donde actúa el poder político, económico y social, la democracia se vuelve incoherente.

Sobre el segundo punto, los estados desprovistos de soberanía se convierten en estados delincuentes, por dentro y por fuera. Para ejercer el poder estatal, la referencia ya no es la representación del pueblo ni su protección –justificación del poder del Estado en el liberalismo clásico–. Para los estados contemporáneos, se trata más bien de un eco lejano de la *raison d'État*,* de reemplazar el prestigio del poder por un triple papel de

* En francés en el texto original.

los actores, los facilitadores y los estabilizadores de la globalización económica. En este contexto, el pueblo se reduce a un conjunto de pequeños[#] accionistas pasivos en los estados que funcionan como empresas en su interior y como débiles *managers* del capital internacional en el exterior. Esta nueva configuración del poder, la acción y legitimidad de los estados se manifiesta con una lucidez singular desde el caos financiero del otoño de 2008.

Por último, lo que se nos presenta como «política de seguridad» también ha contribuido a la de-democratización de los estados occidentales. En países tan diferentes como Israel, Gran Bretaña, India o Estados Unidos, el conjunto de medidas que buscan prevenir o reprimir el terrorismo frecuentemente se presenta, sin razón, como un resurgimiento de la soberanía estatal. En realidad, se trata de una señal de pérdida del poder soberano. Con el abandono neoliberal de los principios liberales (libertad, igualdad, imperio de la ley), el Estado de seguridad responde al debilitamiento y a la disputa de su soberanía por una serie de medidas de-democratizadoras –restricción a la libertad de movimiento y a la posibilidad de informarse, asignación de etiquetas raciales, zonas cada vez más extensas de secretos de Estado, y suspensiones constitucionales, ocupaciones y guerras permanentes no declaradas–. En resumidas cuentas, para que la gente pueda gobernarse a sí misma, debe existir un pueblo que tenga acceso al poder que busca democratizar. La erosión de la soberanía del Estado-nación por la globalización socava la primera de estas condiciones, y el neoliberalismo, al desencadenar el poder del capital como potencia mundial desenfrenado, elimina la segunda. Pero, si «la democracia real» se encuentra en un estado deplorable, para cambiarlo habría que examinar lo que queda del principio e ideal de la democracia en nuestros tiempos.

Las paradojas democráticas

Es un hecho bien difundido que la democracia ateniense excluía de sus rangos la mayor parte de la población de Ática –las mujeres, los esclavos, los extranjeros y otros que no reunían las condiciones de linaje necesarias para ser ciudadanos–. Estas exclusiones en la cuna de la democracia eran extremas, pero no excepcionales. La democracia como concepto y como práctica aún se encontraba rodeada de una zona periférica no democrática, y aún tenía un sustrato interno no incorporado que a la vez la mantenía materialmente y que también le servía para definirse por

oposición. Históricamente, todas las democracias han definido un grupo interno excluido —se puede componer de esclavos, indígenas, mujeres, pobres, u hoy en día, inmigrantes extranjeros en situación irregular, o puede pertenecer a determinadas razas, etnias o religiones—. Aún existe un mundo al exterior que permite que la democracia se defina: los «bárbaros», nombre dado por los antiguos pero que se ha actualizado de diversas formas desde aquella época, desde el comunismo hasta las colonias de las propias democracias. En nuestra época, la figura del «islamismo» reconforta a los demócratas por disfrutar de esta condición, aun (y quizás especialmente) en el contexto de la de-democratización de Occidente. Aún existe, entonces, un antiuniversalismo reconocido en el corazón mismo de la democracia, lo que sugiere que, si el sueño imperial de una democracia universal se hiciese realidad, no asumiría la forma de la democracia.

Si la democracia premoderna y republicana se basó en la idea de ejercer el poder en forma común —el poder del pueblo para el pueblo—, y si, por consiguiente, se centró en un principio de la igualdad, la promesa de la democracia moderna siempre ha sido la libertad. Esta democracia moderna nunca ha abogado por la igualdad, con la excepción de la manera más formal, la de la representación (la papeleta) o la igualdad ante la ley (que no forma parte de las implicaciones de la democracia y que rara vez se pone en práctica). Es efectivamente el difícil reto de Rousseau —renunciamos a nuestra libertad individual sin reglas por el poder político colectivo para concretar nuestra libertad individual— que está en el corazón de la supremacía normativa que reivindica la democracia. De hecho, la libertad individual es la metonimia más poderosa relacionada con la democracia, mientras que la promesa de gobierno por el pueblo a menudo se olvida.⁹ Sólo la democracia puede hacernos libres, ya que sólo en una democracia somos los autores (*we author*) de los poderes que nos gobiernan.

En la época moderna, la libertad como autolegislación se entiende como deseo universal del hombre; si no, para Kant, Rousseau y Stuart Mill, como la quintaesencia del ser humano. De hecho, es el nacimiento, con la modernidad, del sujeto moral libre que establece la democracia

como la única forma política legítima de Occidente. Es esta figura del sujeto que sigue brindando a la democracia una legitimidad indisputable. Pero, al mismo tiempo, el rostro blanco, masculino y colonial de este sujeto ha permitido y perpetuado las jerarquías, las exclusiones y la violencia que marcaron la democracia en toda su existencia moderna. Por lo tanto, existe una no-libertad evidente y quizá necesaria en el corazón mismo de la democracia. Ello sugiere que, si el sueño imperial de hacer a todos los seres humanos libres se materializara, no asumiría la forma de la democracia.

La imposible libertad

La democracia moderna presupone como norma la autolegislación, obtenida al repartir el poder de gobernar: la soberanía del sujeto está vinculada con la soberanía del régimen, y cada uno refuerza el otro. Pero ¿la legislación de qué, poder de qué? En la modernidad tardía, la reflexión teórica sobre una serie de poderes normativos (no políticos de forma) relacionada con la crítica devastadora del sujeto kantiano ha vuelto la noción de la libertad particularmente compleja e imperceptible. ¿Qué poderes debemos ejercer, sobre qué debemos legislar en conjunto, qué fuerzas debemos someter a nuestras voluntades para poder decir, incluso modestamente, que nos gobernamos a nosotros mismos, que nosotros mismos legislamos? Las respuestas a estas preguntas siguen dividiendo a los demócratas. Por un lado, los liberales hacen de las elecciones el grano del asunto, con restricciones claras sobre las transgresiones de las actividades y los fines individuales. Por otro lado, los marxistas afirman que la primera condición de la libertad humana es que los medios de existencia sean propiedad de la colectividad. Los demócratas radicales insisten en la participación directa en la política, y los libertarios buscan reducir el poder y las instituciones políticas.

Para evaluar esta panoplia, si uno abandona el concepto de sujeto moral *a priori*, difícilmente pueda sentir entusiasmo por la fórmula liberal. El consentimiento popular con respecto a las leyes y los legisladores no es suficiente para cumplir la promesa democrática de autolegislación. Cabe entender y controlar las múltiples fuerzas que nos construyen como sujetos, que producen las normas mediante las que percibimos la realidad y juzgamos el bien y el mal, y que nos presentan las opciones que tenemos por delante al votar y legislar. Si uno entiende el poder como la formación del mundo y no sólo como la dominación sobre él —es decir, la

⁹ Es esta premisa que Hobbes busca satisfacer con sus artimañas semánticas sobre autores, calidad de autor (*authorship*) y autoridad, que le permiten hacernos autores del absolutismo del Estado que nos domina.

dominación como fabricación del sujeto y no como simple poder represivo-, se exige a los demócratas que busquen de manera profunda, por una variedad de poderes, las bases de la libertad. La simple idea de que poderes que están fuera de nuestro alcance y control están permanentemente construyendo el mundo social y a nosotros mismos arruina la noción liberal de autolegislación por el voto y el consentimiento general. Sin embargo, la idea de dirigir democráticamente todos los poderes que nos construyen es absurdo: equivale a avanzar sin ayuda, o comprender desde el exterior los elementos psíquicos que modelan nuestra concepción del mundo. Para que tenga sentido, la democracia debe sumergirse más profundo que nunca en lo que fabrica este poder y, a decir verdad, debe abandonar la libertad como trofeo. Desde esta perspectiva, la democracia nunca puede ser realizada: es una meta (inalcanzable), un proyecto político en constante evolución. La democratización exige a sus partidarios luchar por la repartición de poderes que les dan forma y los gobierna, pero es un proceso sin fin.⁹

Tan perturbador para la concepción liberal como las concepciones inspiradas en Foucault y Derrida sobre las modalidades de poder aparte de la ley y el orden, está la fuerza del capital que produce y organiza a los sujetos democráticos. ¿Qué significa «poder democrático» si la economía no está controlada por lo político y lo social, y si por lo contrario la economía es la que ejerce su dominación sobre lo político y lo social? Pero ¿qué podría ser más fantástico que la idea de subordinar una economía globalizada –y su capacidad de formar la vida social, política, cultural, ecológica– al gobierno político democrático, o bien a cualquier tipo de gobierno?

En resumen, para la redemocratización, además del poder del Estado, cabe tener en cuenta el capital y una serie de poderes normativos menos expresamente económicos. Pero en la historia no existe ninguna experiencia exitosa de la democratización. Aunque, para seguir creyendo en la democracia política como la realización de la libertad humana, hay que literalmente apartar la vista de los poderes que están inmunizados contra la democratización, que niegan la autonomía y la

⁹ Sheldon Wolin elabora esta cuestión de una manera ligeramente diferente, planteando que sólo una «democracia fugitiva» –el reclamo del pueblo por sus derechos legítimos– es posible. Véase los últimos capítulos de *Politics and Vision: Expanded Edition*, Princeton, N.J., Princeton University Press, 2004, y de *Democracy, Inc.*, op. cit.

primacía de la política sobre las que descansa la teoría de la democracia en el pasado y el presente.¹⁰ La alternativa es una forma de pensar y poner en práctica la democracia con un ojo realista puesto en los poderes que la democracia nunca ha intentado teorizar, contradecir o superar.¹¹ No se puede imaginar una ruptura más marcada con el monopolio liberal sobre el término democracia.

¿Los humanos quieren la libertad? ¿Queremos ser libres?

El último desafío, quizás el más grave para aquellos que creen en el poder del pueblo: presuponer que la democracia es un bien implica la presuposición de que los seres humanos quieren vivir bajo sus propias leyes, y que el peligro es un poder político irresponsable que se concentra en pocas manos. Pero hoy en día, ¿qué prueba histórica, qué concepto filosófico nos permite afirmar que los seres humanos quieren, como dijo Dostoyevski, «la libertad más que el pan»? Lo que pasó a lo largo del último siglo nos indica que entre las seducciones del mercado, las normas del poder disciplinario y la inseguridad vinculada con una geografía humana cada vez más fluida y desordenada, la mayoría de los occidentales han llegado a preferir la moralización, el consumo, el conformismo, el placer, la lucha, y que se les diga lo que deben ser, pensar y hacer para ser los autores de sus propias vidas. Esta difícil propuesta sobre el futuro de la emancipación fue brutalmente articulada por Herbert Marcuse a mediados del siglo xx.¹² Y si los seres humanos rechazan la responsabilidad de la libertad, y si no tienen ni la educación ni el apoyo necesario para el proyecto de libertad política, ¿qué pueden significar los sistemas políticos que dan por sentado este anhelo y esta orientación? ¿Qué extrema

¹⁰ Para las novedades sobre este punto, véase mi «Sovereign Hesitations», en *Derrida and the Time of the Political*, eds. Pheng Cheah y Suzanne Guerlac, Durham, N.C., Duke University Press, 2008; y «The Return of the Repressed: Sovereignty, Capital, Theology», en *The New Pluralism: William Conolly and the Contemporary Global Condition*, eds. David Campbell y Morton Schoolman, Durham, N.C., Duke University Press, 2008.

¹¹ Para una discusión de las filosofías posmarxistas sobre la posibilidad de volver a subordinar la economía a la esfera política democrática, véase «Sovereignty and the Return of the Repressed».

¹² Herbert Marcuse, *One Dimensional Man*, New York, Beacon, 1964.

vulnerabilidad a la manipulación por los poderosos, a la dominación de las fuerzas sociales y económicas implica esta condición? Platón temía que los espíritus mal formados a cargo de su propia existencia política condujesen a la decadencia y la licencia desenfundadas, pero hoy en día el peligro es más evidente y más preocupante: el fascismo que viene de la gente (*authored by the people*). Cuando los no-demócratas se alojan en las cáscaras de la democracia, agobiados por el miedo y la ansiedad ante un panorama global cada vez más limitado, ignorando los poderes que los sacuden y organizando sus deseos, ¿cómo se puede pretender que voten y luchen por su propia libertad e igualdad, ni mucho menos por las de los demás?

Tenemos por un lado, entonces, la gente que no aspira a la libertad democrática, y por el otro lado las democracias que no queremos —gente «libre» que posibilita el poder de las teocracias, imperios, atroces sistemas de limpieza étnica, comunidades cerradas, sociedades estratificadas por origen étnico y condición de inmigrante, constelaciones posnacionales del neoliberalismo agresivo, o tecnocracias que prometen curar los males sociales soslayando los procesos y las instituciones democráticas—. Las dos posibilidades tienen su propia forma —éste es el problema de la gente que pone su propia satisfacción cortoplacista por encima de la conservación del planeta, que valora la seguridad falsa e ilusoria más que la paz, y que no tiene ni la menor inclinación por sacrificar sus placeres u odios por el bien colectivo—.

Rousseau había evaluado correctamente la dificultad de orientar a las personas corruptas hacia la vida pública: se considera a menudo que su posición a favor de la democracia ha fracasado en el proyecto para transformar a un pueblo corrupto en un pueblo de demócratas. Hay muchas maneras de entender lo que él quería decir por «obligar a alguien a ser libre», pero todas convergen en la suspensión del compromiso de liberar al sujeto para realizarlo. Hoy en día, es difícil imaginar lo que podría obligar a la gente a asumir la difícil tarea de gobernarse a sí misma, o incluso a disputar los poderes que la dominan.

¿Qué posibilidades?

Si el poder del pueblo no concuerda con la época contemporánea, ¿se pone en la agenda a favor del abandono de las luchas izquierdistas por la democracia, de los esfuerzos creativos de izquierda para desarrollar nuevas formas políticas? O, más bien, ¿exige una apreciación sobria de la

democracia como un gran ideal que está siempre fuera de alcance? ¿Hemos de afirmar que la democracia, como la libertad, la paz y la felicidad, nunca ha sido viable, y que ha servido y sigue sirviendo como escudo contra otra concepción, siniestra, de la colectividad humana? O tal vez la democracia, al igual que la liberación, sólo se puede concretar como protesta —tal vez, particularmente hoy en día, debería quedar relegada franca y formalmente a una política de resistencia en lugar de una forma de gobierno—.

Tengo muchas dudas sobre estos puntos. Pero, en todo caso, estoy segura de que este no es el momento para lanzar slogans que apartan la vista de los poderes de-democratizadores que están en marcha. El ardor de los filósofos y activistas de izquierda por «profundizar la democracia», «democratizar la democracia», «restaurar la democracia», «pluralizar la democracia», o apostar por la «democracia por venir» sólo puede ser de utilidad en la medida en que tengan en cuenta estos poderes, lo cual es rara vez el caso. En medio de las múltiples fuerzas que hoy en día de-democratizan tanto el Estado como el espíritu, existe una preocupación persistente con respecto a la democracia que exige la confrontación con estos poderes, acompañada de una reflexión profunda acerca de qué constituye el umbral mínimo de repartición democrática del poder, de si seguimos creyendo en la democracia, y, de ser afirmativo, por qué, de si sigue siendo una forma viable en el siglo XXI, y si existen alternativas no tan aterradoras que puedan ser más eficaces para repeler la oscuridad. ¿Existe un camino para acceder a los poderes que el pueblo debe controlar para que podamos considerar, aun en forma modesta, que nos gobernamos a nosotros mismos? La libertad que promete la democracia, ¿es algo que los seres humanos deseen —o que se les pueda enseñar a querer de nuevo—? ¿Qué tipo de territorios o fronteras necesita la democracia, y si están fuera de alcance, es la democracia posible? Y estas fronteras ¿son compatibles con la creciente globalización, con la idea de una justicia global, de una ciudadanía planetaria? Si logramos responder a todas estas preguntas, queda la más difícil de todas: ¿cómo puede el pueblo identificar y ganar los poderes a ejercer como conjunto, para que la democracia no se reduzca a una mera máscara que legitima esta labor?